

# Centro de Estudios Sociales y de Opinión Pública

---

## El fenómeno Trump: algunas claves para entenderlo

Documento de trabajo núm. 240



Febrero 2017

---

[www.diputados.gob.mx/cesop](http://www.diputados.gob.mx/cesop)



CÁMARA DE DIPUTADOS  
LXIII LEGISLATURA

# CESOP

Centro de Estudios Sociales y de Opinión Pública

---

Información que fortalece el quehacer legislativo



CÁMARA DE DIPUTADOS  
LXIII LEGISLATURA

Información que fortalece  
el quehacer legislativo



Centro de Estudios Sociales y de Opinión Pública

## Centro de Estudios Sociales y de Opinión Pública

*Organización Interna*

Marcelo de Jesús Torres Cofiño  
Director General

Enrique Esquivel Fernández  
Asesor General

Netzahualcóyotl Vázquez Vargas  
Director de Estudios Sociales

Ricardo Martínez Rojas Rustrian  
Director de Estudios de Desarrollo Regional

Ernesto R. Cavero Pérez  
Subdirector de Estudios de Opinión Pública

José Francisco Vázquez Flores  
Subdirector de Análisis  
y Procesamiento de Datos

Katia Berenice Burguete Zúñiga  
Coordinadora Técnico

Felipe de Alba Murrieta  
Rafael del Olmo González  
Gabriel Fernández Espejel  
José de Jesús González Rodríguez  
Roberto Candelas Ramírez  
Rafael López Vega  
Salvador Moreno Pérez  
Santiago Michele Calderón Berra  
Heriberto López Ortiz  
Rafael Eduardo Villarreal Ordóñez  
Giovanni Jiménez Bustos  
Investigadores

Luis Ángel Bellota  
Natalia Hernández Guerrero  
Karen Nallely Tenorio Colón  
Erika Martínez Valenzuela  
Ma. Guadalupe S. Morales Núñez  
Elizabeth Cabrera Robles  
Alejandro Abascal Nieto  
Abigail Espinosa Waldo  
Agustín Munguía Romero  
Ricardo Ruiz Flores  
Guillermina Blas Damián  
Nora Iliana León Rebollo  
Alejandro López Morcillo  
Apoyo en Investigación

José Olalde Montes de Oca  
Asistente Editorial

Claudia Ayala Sánchez  
Corrección de estilo

# El fenómeno Trump: algunas claves para entenderlo

Luis Angel Bellota

En 2016 internacionalistas y politólogos manifestaron su asombro ante lo que se hubiera creído impensable hace una década y media, en pleno auge del optimismo paneuropeísta. Pocos analistas habrían imaginado que los ciudadanos del Reino Unido votarían a favor de abandonar la Unión Europea cuarenta años después de haberse adherido, también por un referéndum, a la Comunidad Económica Europea. Luego de la sorpresa británica, en octubre le siguió la desconcertante negativa de los colombianos para validar a través del voto un armisticio que hubiera puesto fin a media centuria de conflicto armado. Por último, en noviembre resultó electo como presidente de Estados Unidos Donald Trump, un conocido magnate y *showman* televisivo cuyo triunfo como candidato antisistema sintomatizó el cansancio que un número importante de norteamericanos manifestó contra su clase política pero también por el lento rendimiento de la economía, a pesar de la recuperación observada en la segunda presidencia de Barack Obama. Como telón de fondo de estos acontecimientos inesperados en la escena mundial, se destacan el reposicionamiento geopolítico de Rusia, la interminable guerra civil en Siria y el desencanto casi generalizado, sobre todo en Europa, contra el actual modelo globalizador. El resurgimiento de movimientos y coaliciones nacionalistas de vena islamófoba, como el Frente Nacional en Francia o el Partido por la Libertad en Holanda, visibilizan este malestar.

Por ahora nos ocuparemos del fenómeno Trump. Que un candidato anti *establishment* haya pretendido superar la barrera del bipartidismo y feneciera políticamente en el intento no es ninguna novedad en la historia reciente de Estados Unidos. El caso más recordado por el número de votos que obtuvo un tercer contendiente fue Ross Perot en 1992 y 1996. Lo que sí es extraordinario, hablando del último proceso electoral, es que un individuo ajeno a la política tradicional lograra colarse en la carrera presidencial desde el seno del Partido Republicano (PR) y, no conforme con ello, desplazara a figuras políticas que la opinión pública visualizaba como candidatos naturales para ocupar la Casa Blanca. Ni Jeb Bush del ala tradicional ni Ted Cruz de la facción conocida como *Tea Party* impidieron el ascenso de Trump en las encuestas. No fueron lo suficientemente competitivos para ganar las internas republicanas y, por ende, el voto mayoritario de su grey partidista. Tampoco supieron rebatir a tiempo sus argumentos y evadieron

la confrontación, tal vez para no recibir uno de sus proverbiales mensajes twitteros.<sup>1</sup> Después de obtener el cuarto lugar en las primarias del PR, el exgobernador de Florida abandonó la competencia; el senador por Texas, en cambio, al quedar rebasado por el también dueño del certamen *Miss Universo* decidió apoyarlo y sumarse a su campaña.

¿Cómo explicar que Trump haya tomado las riendas del imperio militar y económico más poderoso del planeta? Una respuesta minuciosa superaría por mucho los límites de este documento. Sin embargo, brindaremos algunas claves que nos lleven a comprender esta digresión inédita en la vida pública norteamericana. La vecindad entre México y Estados Unidos hace inevitable que escudriñemos mutuamente nuestras respectivas historias pero también que pongamos atención en las tendencias demográficas, en las infraestructuras productivas e incluso en los cambios culturales que suceden en ambos lados de la frontera. De ahí la importancia de poner en contexto la incertidumbre que provoca el naciente periodo del cuadragésimo quinto presidente de la Unión Americana.

Trump asume su mandato, inéditamente, con una impopularidad récord de 52%. Tomó posesión en medio de un país que anuncia divisiones irreconciliables y protestas bien organizadas. No cumpliéndose aún las primeras 24 horas de su gobierno, en las calles de las principales ciudades estadounidenses protestaron los sectores más contestatarios de la sociedad civil, empezando por los jóvenes de clase media. Como secuencia de aquellas jornadas, al día siguiente, el 21 de enero marcharon también por todo el país alrededor de cinco millones de ciudadanas cuyas pancartas condenaban el desprecio abierto del republicano hacia los migrantes, las mujeres, la ecología y los derechos sociales.<sup>2</sup> Por lo visto, los sectores que se perfilaban como bases de apoyo del precandidato demócrata Bernie Sanders han mutado en el foco de las manifestaciones antitrumpistas. ¿Por qué alguien tan antipático y repudiado que no obtuvo la mayoría de votos al final ganó la presidencia?

En primer término, es importante partir del sistema electoral que rige en el país vecino. Aunque Estados Unidos sea la democracia más antigua de la era contemporánea y predique a los demás países la adopción de este sistema de gobierno, fronteras adentro gana las elecciones presidenciales quien tenga de su lado la mayoría de los votos en el Colegio Electoral y no los de la ciudadanía que acudió a ejercer su derecho el día de los comicios. Vaya paradoja. Expliquemos

---

<sup>1</sup> Aaron James, *Trump. Ensayo sobre la imbecilidad*, México, Malpaso, 2016, pp. 44-45.

<sup>2</sup> *Proceso*, núm. 2100, 29 de enero de 2017, pp. 54-56.

brevemente este *sui generis* esquema democrático que no favorece una representación proporcional sino el voto indirecto que emite cada Colegio. Dicho sistema se ciñe a lo que dicta la Carta Magna de 1787, la cual marcó el camino para el dominio bipartidista desde el siglo XIX. Los electores de los 50 estados más el distrito de Columbia suman 538 personas con capacidad para decidir. De acuerdo con la Constitución, el Colegio no se congrega propiamente como un organismo. Sus miembros se reúnen en las capitales de cada entidad federal después de la elección y suman sus votos para decidir cuál es el candidato con mayor número de sufragios colegiados en su respectivo estado. Para ganar, uno de los dos candidatos presidenciales debe contar con 270 votos.<sup>3</sup> Si no fuera el caso, entonces la titularidad del Ejecutivo se dirime en la Cámara de Representantes. No es extraño, pero sí esporádico, que en las contiendas presidenciales la decisión popular no coincida con la de los Colegios Electorales. La del año pasado fue una de ellas: Trump obtuvo dos millones de sufragios menos que Hillary Clinton.

En segundo término, hay que señalar la procedencia de Trump. Su discurso y sus propuestas no son las que caracterizaban a los republicanos. Para ser exactos, el personaje en cuestión no cuenta con un historial previo que lo ate a una ideología en particular. Sus antecedentes políticos son bastante vagos y si bien ya había expresado en distintas ocasiones el deseo de ser presidente, pocos lo tomaban en serio a cuenta de sus excentricidades. Nunca fue un neoconservador, mucho menos un demócrata progresista. Si en algún momento exteriorizó su simpatía por ciertos aspectos del gobierno clintoniano no significa que fuese partidario del expresidente. Antes de 2011, la vida y obra de Trump transcurría entre los emprendimientos inmobiliarios, la farándula televisiva y el *jet set*. La figura de este multimillonario se asociaba a la de un experto en el arte de la negociación que había multiplicado su fortuna gracias a una larga experiencia empresarial. Fue hasta la campaña reeleccionista de Obama cuando tuvo la ocurrencia de participar en las candidaturas del *Grand Old Party*. Después de las primarias republicanas del año pasado y del crecimiento en las encuestas, muchos creyeron, erróneamente, que sus éxitos sólo eran una moda y que la nominación presidencial no sería para él.<sup>4</sup> Ni siquiera una coalición interna que involucraba a excandidatos presidenciales, exgobernadores, senadores y un antiguo asesor de George W. Bush logró detenerlo.<sup>5</sup>

---

<sup>3</sup> *Perfil del gobierno norteamericano*, s/l, Servicio informativo y cultural de los EUA, 1990, p. 55.

<sup>4</sup> Paul Berman, “Trump y el colapso cultural”, en *Letras Libres*, núm. 214, octubre 2016, p. 11.

<sup>5</sup> *The New York Times*, 27 de febrero de 2016, [https://www.nytimes.com/2016/02/28/us/politics/donald-trump-republican-party.html?\\_r=0](https://www.nytimes.com/2016/02/28/us/politics/donald-trump-republican-party.html?_r=0).

Antes de incursionar en política Trump hizo fama mediática como conductor de *El aprendiz*, un *reality show* de negocios en el que los concursantes aspiraban a dirigir una empresa del protagonista;<sup>6</sup> asimismo, era conocido por la costumbre de rotular su nombre en los hoteles, casinos y productos de los cuales es propietario. Eso explica que su origen poco convencional y el discurso antisistema que lo distinguen contraste con la imagen de la elite política asentada en Washington. Ese punto jugó a su favor en virtud de la menguada credibilidad de los políticos tradicionales, fenómeno que, dicho sea de paso, no es privativo de Estados Unidos. Si recordamos los debates que recogieron los medios impresos y electrónicos sobre las expectativas que despertó Trump entre sus seguidores, tendremos presente que, para algunos, el neoyorquino representaba un cambio radical que introduciría nuevas propuestas –algunas por demás radicales y absurdas– en un entorno dominado por la misma gente. Aaron James, profesor de filosofía en Harvard, lo explica con claridad meridiana: para “sus seguidores, Trump ofrece la esperanza de propiciar un relevo en la formación política o de hacerla saltar por los aires para construir algo mejor”.<sup>7</sup> En la cobertura de un mitin trumpista de Manassas, Virginia, uno de los corresponsales de *El País* registró la confesión de un soldador retirado que apoyaba al personaje en comentario: “No soy demócrata. No soy republicano. Ambos partidos nos están fallando”.<sup>8</sup>

Es menester que puntalicemos el rupturismo de Trump con el *statu quo* republicano. Los especialistas en política norteamericana, basándose en las propuestas largamente anunciadas del nuevo presidente, coinciden en que su perfil se aleja del típico dirigente emanado del PR. Aunque mantiene aspectos básicos de una agenda conservadora, el trumpismo no cree en el libre comercio ni en la integración regional de las economías. Por un lado retoma las clásicas medidas prohibicionistas contra los derechos reproductivos de la mujer,<sup>9</sup> condena el uso de drogas o cautiva al público antiestatal con la promesa de reducir la burocracia y bajar impuestos; por otra parte, paradójicamente, desea romper con el modelo librecambista de globalización y relaciona el desempleo local con la presencia de inmigrantes. En cuestiones internacionales anticipa un regreso al aislacionismo, a pesar de los compromisos previamente adquiridos con las naciones

---

<sup>6</sup> *El Financiero*, 6 de agosto de 2004, p. 48.

<sup>7</sup> James, *op. cit.*, p. 44.

<sup>8</sup> Marc Bassets y Guillermo Cervera. “Viaje al planeta Trump”, en *El País Semanal*, núm. 2048, 27 de diciembre de 2015, p. 40.

<sup>9</sup> Entre sus primeros decretos ejecutivos, Trump firmó una orden que prohíbe el desembolso de fondos oficiales para apoyar a grupos que den asesoría y asistencia en la realización de prácticas abortivas en el extranjero. Se trata de una política pública republicana que data de la era Reagan y que Obama había cancelado después de que Bush la volviese a validar cuando la administración Clinton la anuló por primera vez. *Excelsior*, 24 de enero de 2017, p. 4 global.

aliadas. Las felicitaciones de Trump a los partidarios del *Brexit* confirma su desconfianza por los mecanismos de intercambio, asistencia y corresponsabilidad de las agendas multilaterales y los proyectos de comercio global.

Desde Ronald Reagan el partido de Lincoln fue hegemonizado por dos facciones que erróneamente suelen confundirse como si fueran una sola: el neoconservadurismo y la Nueva Derecha. La primera de ambas corrientes se identificó con un grupo de políticos, funcionarios del Departamento de Estado e intelectuales que redefinieron –y defendieron con ideas-fuerza– el papel de Estados Unidos como potencia dominante.<sup>10</sup> La segunda está compuesta por movimientos sociales tradicionalistas vinculados a las iglesias evangélicas, los grupos de presión conservadores y las asociaciones civiles de inclinación libertaria. En las últimas tres presidencias republicanas el primer grupo orientó el papel tutelar –por no decir injerencista– de su país en los principales episodios diplomáticos y bélicos que van desde la caída de la Unión Soviética hasta la Guerra de Irak en 2003. Los segundos se ocupan de darle legitimidad social a dichas políticas y un amplio raudal de votos al PR.

Los ejes neoconservadores se resumen en cuatro puntos: 1) el mantenimiento del poderío militar norteamericano; 2) el rechazo a que Estados Unidos se apegue a las instituciones internacionales; 3) la firme convicción de que la paz se consigue por medio de la fuerza y 4) la promoción de la democracia “como el mejor antídoto contra el antiamericanismo”.<sup>11</sup> Los partidarios de esta doctrina jugaron un papel cardinal en el manejo de la política exterior con Reagan y la dinastía Bush. Aun en tiempos de William Clinton ejercieron presión para que, tras el final de la Guerra Fría y los desajustes que le siguieron, los responsables de conducir el Departamento de Estado hicieran de lado todo atisbo aislacionista y asumieran un rol más proactivo, con un enfoque unilateral, en el liderazgo mundial de su país. Así nació el Proyecto para el Nuevo Siglo Americano: un grupo de políticos, ideólogos y funcionarios relacionados con el Pentágono que desde 1997 perfilaron en comunicados y documentos de trabajo lo que sería la hoja de ruta del gobierno de George W. Bush.<sup>12</sup> La esencia del neoconservadurismo como una teoría de las relaciones internacionales, sobre todo en el contexto posterior al 11 de septiembre de 2001, se basó en la premisa de entablar conflagraciones preventivas para eliminar amenazas y

---

<sup>10</sup> Guy Sorman, *La revolución conservadora americana*, Barcelona, Folio, 1985, pp. 101-205.

<sup>11</sup> Jesús Velasco, *La derecha radical en el Partido Republicano. De Reagan a Trump*, Santiago de Chile, FCE, 2016, p. 318.

<sup>12</sup> *Ibid.*, pp. 119-124.

peligros inminentes a la seguridad de Estados Unidos.<sup>13</sup> Las guerras de Afganistán e Irak pueden considerarse como la más acabada concreción de este ideario.

Si revisamos la visión trumpista de las relaciones internacionales encontraremos que la pieza más importante de los principios neoconservadores está siendo desechada por el nuevo titular del Poder Ejecutivo. En un debate entre los aspirantes presidenciales del PR en febrero del año pasado, Trump abjuró de la Guerra de Irak calificándola de “gran error” a lo cual agregó que Bush había mentido para justificar la operación militar contra el país árabe.<sup>14</sup> Para los republicanos y en particular para el mencionado sector militarista, la sola idea de entablar una relación cordial con la Rusia de Vladímir Putin, así como los cuestionamientos abiertos hacia la OTAN –a la que tildó de “obsoleta”<sup>15</sup>– y la intensión aparente de revisar los gastos que sufraga Estados Unidos en la manutención de sus bases militares en Corea del Sur, van a contracorriente de lo que había sido, en distintos periodos y con distintos estilos de mando, un sentido común para relacionarse con el mundo y ponderar la predominancia norteamericana. Por tanto, no debe resultar extraño que conocidas voces neoconservadoras hayan pedido antes de las elecciones el voto para la señora Clinton. Robert Kagan, uno de los referentes más conocidos de esta corriente, lamentó que su propio partido no haya sido capaz de impedir la materialización de la “amenaza más peligrosa” desde la Guerra Civil.<sup>16</sup>

Retomando las viejas propuestas de Perot, Trump plantea subir aranceles a las importaciones mexicanas. Por lo pronto, antes de renegociar o contemplar la cancelación del Tratado de Libre Comercio, ya ordenó la salida norteamericana del Acuerdo Transpacífico para proteger la industria doméstica; también pretende abocarse a la renovación de infraestructura a lo largo y ancho del país a fin de reactivar la economía y generar empleos. En definitiva, su visión sobre el comercio internacional es bastante anacrónica pues, en el mundo de hoy, es imposible vivir en la autarquía. Más allá de los efectos contraproducentes que sobrevendrán, la promesa de cancelar el TLC entre México, Estados Unidos y Canadá es una medida aventurerista que inyecta esperanza a un electorado sentido por las secuelas que dejó la crisis de 2008 y que todavía son palpables en muchas ciudades y pueblos de Estados Unidos.

---

<sup>13</sup> Lluís Foix, “Bush y la lucha contra el terrorismo”, en *USA ¿Antiterrorismo o imperialismo?*, prologado por Javier Solana, Barcelona, Mundo Revistas S.L., 2003, p. 102.

<sup>14</sup> *Agencia EFE*, 14 de febrero de 2016, <http://www.efe.com/efe/usa/politica/50000105-2839181>.

<sup>15</sup> *The New York Times*, 15 de enero de 2017, <https://goo.gl/Zj2lxO>.

<sup>16</sup> Robert Kagan, “Why We shouldn’t forgive the Republicans who sold their souls”, en *The Washington Post*, 11 de octubre de 2016, [https://www.washingtonpost.com/2016/10/11/ec585af8-8f22-11e6-a6a3-d50061aa9fae\\_story.html?utm\\_term=.4d7d0bf2a687](https://www.washingtonpost.com/2016/10/11/ec585af8-8f22-11e6-a6a3-d50061aa9fae_story.html?utm_term=.4d7d0bf2a687).

El aumento de la desigualdad fue desplazado por una explicación facilista que, en el plano internacional, responsabiliza a China del déficit comercial y, en lo interno, culpa a los inmigrantes por la falta de trabajo. Sin embargo, el trasfondo de los problemas que han clausurado oportunidades tiene que ver con los efectos segregadores de la globalización, la economía de casino y la robotización de los procesos productivos que prescinden cada vez más del trabajo humano.<sup>17</sup> La “creación destructiva” schumpeteriana no ha logrado, como algunos liberales hubieran creído, reinsertar al ritmo necesario la mano de obra desplazada. Desde los años cincuenta, C. Wright Mills pronosticó un futuro tecno-económico en el cual el componente humano sería eliminado o bien minimizado dentro de las cadenas productivas.<sup>18</sup> La desindustrialización y relocalización de empresas, el vuelco hacia las actividades terciarias y los cambios acelerados de la tercera revolución industrial han dejado un excedente de personas desocupadas. Estamos hablando de un problema que lleva más de treinta años ahondando las brechas socioeconómicas<sup>19</sup> y que guarda poca relación con la llegada de inmigrantes.

Un porcentaje de la población afectada por la pérdida de oportunidades y el desempleo a gran escala, que convirtió polos industriales como Detroit en pueblos fantasma, tal vez, ignora que los retos del mundo actual, tan interconectado como lleno de riesgos, han complicado la concreción del sueño americano. Cuando las bases trumpistas invocan el lema de engrandecer de nuevo Estados Unidos, anatemizando la migración por la debacle de su país, ponen al descubierto la incompatibilidad entre su imaginario social y la realidad que les tocó afrontar. La tierra que pensaron los padres fundadores tiene, primero, otro panorama demográfico que está modificando el ideal histórico de una nación “blanca, anglosajona y protestante” y, segundo, un tejido social empobrecido que, además de los problemas de orden distributivo, no ha logrado resarcir las

---

<sup>17</sup> En una caricatura muy atinada sobre el tema, Paco Calderón dibujó un par de “cadenas productivas” que retratan cómicamente una de las variables más influyentes en la generación de desempleo estructural: el cambio tecnológico. En la primera cadena Trump lanza de una patada a un inmigrante; en la otra, un obrero americano ve con entusiasmo como su presidente arroja a los trabajadores mexicanos sin saber que un robot lo echará a él con otra patada. *Reforma*, 25 de enero de 2017, p. 13.

<sup>18</sup> “La productividad ha aumentado y aumentará [...] fabulosamente, en especial cuando haya medios automáticos que permitan conectar varias máquinas de tal suerte que se elimine la necesidad de gran parte del control humano en el volumen de producción que nuestro tiempo exige. Eso significa que los directivos de las compañías no necesitarán dirigir grandes organizaciones humanas, sino que, según la *Business Week*, ‘manejarán grandes organizaciones mecánicas que emplearán cada vez menos hombres’”. C. Wright Mills. *La elite del poder*, México, FCE, 1975, p. 122.

<sup>19</sup> En su discurso inaugural, en enero de 1993, Clinton ya reconocía esa deuda social cuando dijo que la economía americana era “la más fuerte del mundo” pero también arrastraba “fracasos empresariales, congelación de salarios, crecientes desigualdades y profundas divisiones”. Susan-Mary Grant, *Historia de los Estados Unidos de América*, Madrid, Akal, 2012, p. 470.

tensiones étnicas de siempre. Los actos irracionales de violencia armada que se suscitan en las calles, escuelas y centros comerciales de la Unión Americana han envuelto, no pocas veces, motivaciones racistas. No deberá causar sorpresa si en un futuro próximo los medios dan parte de ataques que involucren a supremacistas o, viceversa, a negros y miembros de otras minorías. La violencia verbal de Trump no ayuda a subsanar estas divisiones, más aún si su equipo no condena con firmeza las manifestaciones de apoyo de los remanentes del Ku Klux Klan<sup>20</sup> y si uno de sus principales asesores, Steve Bannon, ha sido señalado, incluso por la legisladora demócrata Nancy Pelosi, de tener antecedentes que lo vinculan con grupos xenófobos que promueven el odio racial.<sup>21</sup> Pensemos que sus simpatizantes tienden a ser hombres blancos y con un bajo nivel escolar.<sup>22</sup> Adjudicar la culpa del desempleo a los migrantes no sólo es un acto de irresponsabilidad política sino que oculta el verdadero meollo del asunto: que desde hace tiempo la economía estadounidense “ya no genera suficientes empleos bien pagados como para sostener a una clase media estable”.<sup>23</sup>

Diversos cronistas de la realidad norteamericana han atestiguado que la multiplicación de la pobreza urbana comenzó a ser inocultable a mediados de los ochenta. La figura del desempleado que sobrevivía precariamente con un subsidio o que estaba en situación de calle introdujo una diferencia notoria en el paisaje urbano de las principales ciudades de Estados Unidos, en comparación con las de Europa y Japón. Cuando Guy Sorman hizo un recorrido por la América reaganiana en 1982 atestiguó una disparidad social que corría en paralelo a la llamada economía de la oferta.<sup>24</sup> Tratándose de un liberal convencido, este autor auguró que el crecimiento defendido por los ideólogos del nuevo capitalismo americano no se traduciría,

---

<sup>20</sup> La principal causa del Klan ya no es la lucha contra los derechos civiles de los negros, como fue en los años sesenta, cuando tuvieron una de sus últimas irrupciones públicas más virulentas, sino frenar la inmigración según Brent Waller –líder de los United Dixie White Knights de Mississippi–. *El Financiero*, 30 de junio de 2016, <http://www.elfinanciero.com.mx/mundo/la-inmigracion-donald-trump-y-el-ku-klux-klan.html> [nota especial para la versión en línea].

<sup>21</sup> *La Jornada*, 18 de noviembre de 2016, p. 31.

<sup>22</sup> Joseph Burgo opina que ese sector está compuesto por “personas cuyos puestos de trabajo están amenazados por la globalización y que carecen de la educación necesaria para los empleos disponibles en la era de la información. Mientras se reduce el porcentaje de blancos en la población, también sienten que su posición social se erosiona. En el ámbito psicológico, su autoestima y su sentido del valor están bajo asedio. Están asustados e inseguros. Ante estas heridas narcisistas, Trump ofrece una vía para reinflar la autoestima [...]”. Burgo *apud* Bassets y Cervera, *op. cit.*, p. 46.

<sup>23</sup> Mark Hertsgaard, *La sombra del águila*, Barcelona, Paidós, 2003, p. 165.

<sup>24</sup> Sorman, *op. cit.*, pp. 219-228.

necesariamente, en más puestos de trabajo: las ganancias provenientes de una mayor productividad serían generadas por tecnología de punta.<sup>25</sup>

Casi dos décadas después, el periodista David Cohen comparaba el país que había en el año 2000 con aquel que describió Alexis de Tocqueville en 1831. Cohen viajó a los mismos sitios en los que estuvo el autor de *La democracia en América* y concluyó que la premisa tocquevilleana que daba por “preestablecida” y “universal” la igualdad norteamericana era bastante relativa. Dada la pérdida de oportunidades y la paulatina reducción de la clase media, para Jack Litzenberg, director de un programa asistencial de la Mott Foundation, la igualdad, la movilidad social o el sueño americano eran un “mito”.<sup>26</sup> A pesar del superávit y el crecimiento económico que tuvo la administración clintoniana, el horizonte de expectativas de la clase trabajadora a finales del siglo XX era deprimente: casi el 50% de los puestos de trabajo que se generaban eran de baja calidad remunerativa, con sueldos cercanos o inferiores a los límites de pobreza.<sup>27</sup>

Década y media más tarde, otro periodista extranjero, Andy Robinson, sacó un texto que confirma la tendencia desigualitaria de la sociedad norteamericana a partir de la era Reagan. En *Off the Road*, Robinson describe el mismo empobrecimiento de los estándares de vida que atestiguó Cohen y que ya advertía Sorman. En ocho años, Obama no pudo estrechar las abismales diferencias socioeconómicas que inauguraron el presente siglo en la otrora tierra de las oportunidades. Los millones de puestos laborales que se generaron en los pasados ocho años no alcanzaron a subsanar las inequidades de las pasadas tres décadas. El cuestionamiento que deben hacerse los economistas y los historiadores económicos que estudien a futuro la presidencia de Obama no debe versar sobre el número de empleos sino, más bien, sobre la calidad de los mismos. Robinson plasma a través de pequeñas historias, anécdotas y testimonios, el ocaso de la clase media: la esencia de la democracia americana. En esta colección de crónicas sobre el periodo obamista, el corresponsal de *La Vanguardia* enfatizó las pugnas distributivas entre los sectores de más bajos ingresos y las minorías del 1%. En ciudades como Nueva York, famosa por los procesos de gentrificación elitista, el congelamiento salarial en el sector de servicios ilustra las disparidades arriba mencionadas; de acuerdo con un estudio de la Universidad de Berkeley, las siete multinacionales de comida rápida habían sumado en 2012 7,400 millones de dólares en

<sup>25</sup> *Ibid.*, pp. 212-213.

<sup>26</sup> David Cohen, *Chasing the Red, White and Blue*, Nueva York, Picador, 2001, p. 79.

<sup>27</sup> *Ibid.*, pp. 103-104.

ganancias y sus ejecutivos percibían entre 400 y 500 veces más que sus empleados.<sup>28</sup> Éstos formaban parte de los trabajadores cuyos ingresos no les alcanzaban para vivir y, por tal razón, se habían visto en la necesidad de solicitar ayuda al programa federal que daba cupones para comida.<sup>29</sup>

Nada indica que esta tendencia vaya a revertirse en el corto o mediano plazo, especialmente si reparamos en la política fiscal regresiva anunciada por Trump. Al menos, en ese aspecto, el magnate no piensa romper con el camino trazado por los últimos cinco presidentes que ignoraron la línea divisoria entre la política y el mundo de los negocios. Si nos atrevemos a imaginar sociológicamente el futuro de los Estados Unidos, no es descabellado advertir que en la próxima década, a mediados o finales de la misma, la potencia militar número uno del planeta muestre peligrosas contradicciones que la asemejen a los países subdesarrollados. La clausura de puestos de trabajo por el avance tecnológico, la indigencia urbana a niveles inéditos, las tensiones interclasistas –con su respectivo cariz racial– o el aumento de la delincuencia y otras formas de desorden social serán motivo de preocupación para los sucesores del actual presidente.

La decadencia social norteamericana no es reciente ni se cocinó en un lustro, puede concluirse. Hasta un analista de militancia neoconservadora como Francis Fukuyama así lo ha señalado. Las últimas elecciones pusieron en el centro de los debates la cuestión social, superando otros ejes temáticos como la economía, los derechos de las minorías o la política exterior. Debido a las tremendas brechas salariales, no es extraño que el epicentro de las discusiones públicas girara en torno a la pauperización de la clase trabajadora. Fukuyama no cuestiona que un candidato populista como Trump haya ganado las elecciones sino que éste se tardara tanto en haberse manifestado.<sup>30</sup>

La respuesta política frente al avance de las desigualdades no se articuló a partir de un movimiento vanguardista e incluyente, como lo fue en su momento el *New Deal*. La campaña del senador Sanders, en contraste con la de Hillary Clinton, se enfocó en denunciar la debilidad de las instituciones políticas para poner frenos al poder económico. La intensidad de las discusiones sobre la naturaleza plutocrática del sistema no favoreció la candidatura de una opción reformista al interior del Partido Demócrata (PD), sin embargo la desilusión popular contra las elites sí

---

<sup>28</sup> Andy Robinson, *Off the Road*, México, Ariel, 2016, p. 148.

<sup>29</sup> *Idem*.

<sup>30</sup> Francis Fukuyama, “¿Decadencia o renovación de la política estadounidense?”, en *Foreign Affairs Latinoamérica*, vol. 16/núm. 4, octubre-diciembre 2016, p. 68.

benefició la aparición de un liderazgo populista que, por una parte, renovó el discurso conservador sin alejarlo de sus postulados antiestatales y, por la otra, sacó de las sombras una narrativa xenófoba que ignora la complejidad de los problemas que condicionan el futuro del país. El surgimiento del *Tea Party* y la victoria de Trump recuerdan la importancia que juegan los votantes cuya precaria formación educativa, muy receptiva a prejuicios racistas y anclada en visiones dogmáticas de carácter religioso, determina el triunfo de las elites para las cuales estos sectores son funcionales.

Cuando los *reaganomics* comenzaban a hacer estragos en los años ochenta, en la opinión pública se hablaba de una clase trabajadora afroamericana que vivía en la pobreza y que sobrevivía de forma marginal; en la actualidad, el proletariado blanco “se encuentra prácticamente en la misma situación”.<sup>31</sup> ¿Por qué este último sector de la sociedad, particularmente en los estados sureños, ha votado por los republicanos si ha sido el más favorecido por los programas sociales a los que se opone el PR?, se pregunta Fukuyama. Para esa clase de electores el programa de salud “Obamacare”, entre otras políticas, está pensado para beneficiar a otras minorías y no a ellos.<sup>32</sup> El discurso antimigrante se alimenta, precisamente, de ese recelo. “Cómo es posible que si los inmigrantes no desean adaptarse al país, el gobierno les extienda derechos y facilidades que les niega a sus ciudadanos”, habrá pensado el más conspicuo trumpista. El miedo de las bases sociales conservadoras ante la presencia de inmigrados opaca la verdadera discusión pública sobre la que deberían enfocarse tanto la clase política como la sociedad civil: la adopción de un nuevo contrato social que regule la concentración de la riqueza y que, en consecuencia, neutralice potenciales conflictos de clase. La relevancia que amerita tal debate fue sustituida por la propuesta de levantar un muro en la frontera con México y tomar medidas proteccionistas.

Las rispideces sociales provocadas por la llegada de migrantes en los países centrales, si bien no es un fenómeno reciente, resurgió como una preocupación que abrió espacios a opciones políticas que mezclan populismo, xenofobia y nacionalismo.<sup>33</sup> Trump es una de ellas, acaso la de mayor impacto por tratarse de la nación que más influye en todo el orbe. En cumplimiento a sus

---

<sup>31</sup> *Idem.*

<sup>32</sup> *Ibid.*, p. 71.

<sup>33</sup> “Tenemos que recuperar nuestra nación. Ahora vas por algunos barrios y no sabes si uno es inglés o no. En ciertas zonas sólo se escucha rumano, polaco o búlgaro. Yo no tengo nada contra ellos, pero nos están quitando los recursos. Aquí no hay suficiente para todos. Hay demasiada inmigración”, fue la respuesta que un transportista inglés y antiguo votante laborista de 42 años le dio a una periodista cuando ésta le preguntó por qué había votado a favor del *Brexit*. *El País*, 25 de junio de 2016, p. 4.

promesas de campaña vetó la entrada de ciudadanos provenientes de siete países, todos de mayoría musulmana.<sup>34</sup> Horas después, el decreto fue revocado por un juez federal mientras las protestas se multiplicaban por todo el país. Lo que más debería ponderarse de la citada medida es el reto contra las instituciones judiciales que anunciaron una revisión de la misma, así como las protestas masivas en repudio a su presidencia. A pesar de las batallas legales y cívicas que sobrevendrán por la obstinación antimigratoria de Trump, éste terminará por sentar un precedente negativo. Nadie puede garantizar que estas decisiones no se repitan a futuro o no encuentren émulos que en otras latitudes sigan el mismo camino.

Desde la gubernatura de George Wallace, aquel gobernador de Alabama que se negó a darle vigencia local a las políticas de integración racial de John F. Kennedy, ningún líder había articulado un discurso en el que confluyeran elementos de la utopía WASP<sup>35</sup> con la aversión antimigrante y una islamofobia que no habla, como Samuel Huntington, de un “choque civilizatorio” sino de hostilidad irracional contra el mundo islámico. El racismo de Trump no sólo busca nuevos chivos expiatorios sobre los cuales justificar actos y verbalizaciones que son, a todas luces, segregadores; también recurre a un lenguaje simbólico que no necesita hacer explícitas sus intenciones. La suspensión de la página web en español de la Casa Blanca, la nula presencia de colaboradores presidenciales con orígenes latinos, el desinterés poco disimulado por los países al sur del río Bravo en su agenda internacional, el uso peyorativo del término “mexicano” en los discursos de campaña<sup>36</sup> o la presencia de un consejero a quien se le acusa de ser alfil de grupos supremacistas despejan cualquier duda al respecto.

Las lecciones que deja el ascenso de Trump –y los discursos de odio que lo acompañan– es que el voto latino no garantiza, como si fuera ley de la gravedad, una victoria de aquel candidato que entable mejores lazos de comunicación y confianza con tan importante sector de la sociedad norteamericana. Aquellas voces que hace ocho años afirmaban, al calor de la euforia

---

<sup>34</sup> *El País*, 29 de enero de 2017, p. 3.

<sup>35</sup> Acrónimo inglés de *White Anglo-Saxon and Protestant*. Término de uso común que se refiere a los sectores blancos de la sociedad americana cuyas aspiraciones principales son las de una nación integrada alrededor de los valores tradicionales, el capitalismo y la predominancia de su cultura sobre las otras minorías con las que conviven.

<sup>36</sup> “Donald Trump [...] se refirió a un juez federal nacido en Estados Unidos como ‘mexicano’ y recibió una fuerte reacción incluso de otros republicanos. Una legisladora demócrata negro llamó ‘mexicana’ a la gobernadora republicana [...] Susana Martínez durante una encendida discusión con otro legislador, y se vio obligada a disculparse. John Calipari, entonces técnico de los *Nets* de [Nueva Jersey], fue criticado por arremeter contra un periodista latino llamándolo ‘idiota mexicano’. Es cierto que la palabra “mexicano” describe la nacionalidad de los ciudadanos del país al sur de Estados Unidos. Pero también se ha utilizado como término peyorativo contra latinos nacidos en Estados Unidos [...]”. “Donald Trump populariza en EU usar ‘mexicano’ como término peyorativo”, en *Sinembargo.mx*, 18 de junio de 2016, <http://www.sinembargo.mx/18-06-2016/3056066>.

obamista, que Estados Unidos transitaba por los umbrales de una nación post-racial acaban de ver refutadas sus teorías ante los acontecimientos del último año. Las decisiones electorales entre las clases trabajadoras americanas tienden a ser volátiles. En 2008 una coalición de votantes negros, blancos y latinos pobres –o de una clase media venida a menos– sufragó a favor de Obama, en vista de los costos sociales que arrojaba la crisis. Además de las adversidades, también ayudó el mensaje esperanzador que, sin distinción de razas, proyectó el entonces candidato demócrata. En 2016 la situación era muy distinta. La percepción de que el gobierno gastaba las ayudas para grupos vulnerables en personas que no las necesitaban o con un énfasis preferencial hacia los afroamericanos pudo haber determinado ese cambio de expectativas.<sup>37</sup> Trump habló y dirigió sus mensajes a ese público que, de cierto modo, estaba decepcionado con Obama.

La segunda enseñanza que podemos extraer es que los fantasmas del pasado racista siguen con vida y salieron de su confinamiento. De hecho, se suman a las corrientes de opinión que apoyan la militarización de la frontera sur y la persecución absoluta de todo aquel que llegue a su territorio sin papeles.<sup>38</sup> Los argumentos xenofóbicos disfrazados de chovinismo encontraron legitimidad y aceptación entre una parte, sólo una parte, del electorado trumpista. La franqueza verbal de su líder, expresada en mensajes que invitaban a la polémica, se corresponde con ciudadanos que la asumen como la actitud de un político “no tradicional” que habla con la verdad. Sin embargo, muy aparte de los guiños hacia los votantes independientes, que el Klan y otros grupúsculos afines le hayan exteriorizado su apoyo nos convoca a la reflexión. Desde la candidatura del republicano Barry Goldwater en 1964,<sup>39</sup> esta secta no se había manifestado por alguien que buscara la presidencia. ¿De dónde nace la empatía de estos sectores hacia Trump? Por supuesto que no se da a partir del trabajo filantrópico del magnate sino, presumiblemente, de las alocuciones intransigentes que estigmatizaban a los inmigrantes, de los denuestos contra otras minorías, de las apologías del machismo o de la defensa a ultranza de la posesión ilimitada de

---

<sup>37</sup> Nikole Hannah-Jones, “The End of the Postracial Myth”, en *The New York Times Magazine*, 15 de noviembre de 2016, [https://www.nytimes.com/interactive/2016/11/20/magazine/donald-trumps-america-iowa-race.html?\\_r=0](https://www.nytimes.com/interactive/2016/11/20/magazine/donald-trumps-america-iowa-race.html?_r=0).

<sup>38</sup> En uno de sus viajes por Estados Unidos, Robinson se topó con un individuo que conjuntaba la paranoia xenofóbica con el uso de tecnología avanzada para colaborar con la patrulla fronteriza en la persecución de migrantes. El entrevistado, dice el periodista inglés, “creía en la teoría de la conspiración del llamado Plan Espiritual de Aztlán, según el cual el gobierno mexicano estaba impulsando la emigración masiva ilegal con el fin de recuperar de facto todos los territorios perdidos tras la guerra [...] de 1848. ‘Es un intento por parte de México de rescindir el tratado de Guadalupe Hidago’, afirmó sin pizca de ironía”. Robinson, *op. cit.*, p. 106.

<sup>39</sup> Grant, *op. cit.*, pp. 439-440.

armas. Antes de su juramentación, los correligionarios de Trump asomaron conductas vandálicas y ofensas<sup>40</sup> que escalan las preocupaciones y polarización que ya embargan a Estados Unidos.

Por último, ¿cuál es la conclusión? Si creímos, como última esperanza, que sus balandronadas eran parte de la típica retórica electoral estábamos en un craso error. El sentido común nos hubiera hecho creer que este energúmeno moderaría sus posturas extremas que lo caracterizaron como candidato. Pero no fue así. Llegado el momento, no cambió ninguna de sus actitudes y sí confirmó las sospechas de que su gobierno será impredecible. Las críticas anti *establishment* y la capitalización del hartazgo popular contra la clase dirigente por no haber respondido a las aspiraciones de una sociedad que se percibe a sí misma con menos oportunidades o que da por muerto el sueño americano no quiere decir que vaya a cambiar el trasfondo de las cosas.

Estados Unidos seguirá caminando por la brecha plutocrática que, desde 1981, sólo ha traído mayor desigualdad. Trump no proviene de una dinastía política como los Bush o los Clinton, sí, pero tampoco modificará los principios históricos que mantienen alejado al Estado de la esfera productiva. Ni siquiera podríamos estimar que pertreche al gobierno de herramientas regulatorias. En ese sentido, su proyecto sigue siendo tan conservador como el de Reagan. Por donde se mire, encontraremos muchas coincidencias con el antecesor de su antecesor: desde la negación del cambio climático hasta relación simbiótica con poderosos hombres de negocios dentro y fuera del gabinete. Pensemos en su secretario de Estado, un alto ejecutivo de la ExxonMobil.

La visión de Trump sobre la administración pública es la de un empresario convertido en presidente: menos impuestos, menos burocracia, menos regulaciones, menos gasto público. No olvidemos su empeño por echar atrás el sistema de salud instaurado por Obama ni las propuestas de su secretaria de educación, tan millonaria e inexperta como él, en el sentido de desempolvar la idea friedmaniana que sugiere un esquema de cupones a través de los cuales el gobierno paga a las familias para que éstas inscriban a sus hijos en escuelas privadas.<sup>41</sup> La ruptura con los republicanos se da en cuestiones de política internacional y libre comercio. Por lo demás, comparte la noción reaganiana de que las autoridades deben facilitar más negocios e inversiones

---

<sup>40</sup> Una directora corporativa de Virginia Occidental y una alcaldesa del mismo estado, sin rubor alguno, emitieron insultos racistas contra la todavía primera dama Michelle Obama. Ambas eran partidarias del candidato republicano. *Excelsior*, 15 de noviembre de 2016, p. 4 global.

<sup>41</sup> *BBC Mundo*, 7 de febrero de 2017, <http://www.bbc.com/mundo/noticias-internacional-38725955>.

corporativas que, en teoría, redundarán, como por arte de magia, en la creación de empleos gracias a los regímenes fiscales que reciban los actores económicos. Eso puede explicar el par de decretos presidenciales que dan marcha atrás a la regulación financiera que ordenó su predecesor en 2008.<sup>42</sup> Por todo ello, coincidimos con Carlos Heredia cuando dice que Trump hizo campaña como populista pero gobernará como oligarca.<sup>43</sup> Eso estamos viendo.

---

<sup>42</sup> “La primera orden pide que se revise [...] la ley Dodd Frank, que implementó una nueva regulación para la banca con el objetivo de evitar una nueva gran crisis. Muchos bancos la consideran excesivamente molesta. La otra orden revoca una normativa del Departamento de Trabajo que exige a los asesores financieros que prueben que están actuando en interés de sus clientes. La decisión provocó críticas de los demócratas, que acusaron que sus medidas carecen de fundamentos y lo alinean con las posiciones de los banqueros de Wall Street”. *La Jornada*, 4 de febrero de 2017, p. 17.

<sup>43</sup> Carlos Heredia Zubieta, “Ocho instantáneas sobre las elecciones estadounidenses”, en *Este País*, núm. 309, enero 2017, p. 34.

CENTRO DE  
ESTUDIOS SOCIALES Y  
DE OPINIÓN PÚBLICA



CÁMARA DE DIPUTADOS  
LXIII LEGISLATURA

[www.diputados.gob.mx/cesop](http://www.diputados.gob.mx/cesop)

 cesop01

 @cesopmx